

II Jornadas Deleuze y las fuentes de su filosofía

RAFAEL MC NAMARA (UBA-UNA-UNLAM-EMAD)

Y **GONZALO SANTAYA** (CONICET-UBA)

El 24 y 25 de noviembre de 2016 se realizaron las *II Jornadas Deleuze y las fuentes de su filosofía*, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Fueron dos días en los que el grupo conocido como “La deleuziana” compartió nuevamente los resultados de su investigación en torno a las fuentes del pensamiento de Gilles Deleuze.

Pero el asunto no se quedó en lo meramente académico. Ya desde la difusión del evento a través de redes sociales, en las semanas previas, se anunciaban unas jornadas con cierta tonalidad festiva. Es que “La deleuziana” festejaba sus diez años de vida dedicados al estu-

dio del filósofo francés. Por otra parte, coincidió con las Jornadas el lanzamiento del tercer tomo de la serie *Deleuze y las fuentes de su filosofía*, dirigida por Julián Ferreyra. Esta coincidencia es literal: minutos antes del comienzo del primer grupo de ponencias llegó Cristóbal Thayer, el editor, con una caja que contenía varios ejemplares recién salidos de la imprenta. A tal punto que se recomendaba a los compradores no abrir el libro hasta el día siguiente, ya que el pegamento aún no había secado del todo.

De modo que el grupo organizador tenía más de un motivo para festejar.

La apertura de las jornadas estuvo a cargo de Julián Ferreyra, quien contó brevemente la historia del equipo de investigación y el motivo del festejo. Es que en principio puede resultar extraño que un grupo de investigación festeje su aniversario a fines de noviembre, época en la que la academia suele estar preparándose para el periodo vacacional. Pero, en efecto, Ferreyra contó que las primeras reuniones del grupo tuvieron lugar en noviembre y diciembre de 2006, debido a la insistencia de uno de sus míticos fundadores: Fernando Gallejo. Es así que el arduo (y aún inconcluso) recorrido por las páginas de *Diferencia y repetición* comenzó en pleno calor porteño.

El mismo Ferreyra fue el encargado de la primera exposición, que versó sobre uno de los maestros de Deleuze: Martial Gueroult. Ahora bien, desde el vamos resulta engañosa la influencia que este especialista en filosofía moderna pudo tener sobre el autor de *Lógica del sentido*. En efecto, si bien Gueroult es famoso por su gran obra sobre Spinoza, ésta aún no había visto la luz en la época en que Deleuze publicó *Diferencia y repetición y Spinoza y el problema de la expresión*. De modo que la influencia pasa más bien por sus estudios sobre Leibniz, Fichte y Maimon.

Es así que Ferreyra concentró su ponencia en un artículo que, a juzgar por la brevísima mención que hace Deleuze en una nota al pie, podría parecer muy secundario. Sin embargo, su estudio se revela fundamental para la comprensión del capítulo quinto de *Diferencia y repetición*. Como el mismo Ferreyra comenta en la introducción a *Intensidades deleuzianas. Deleuze y las fuentes de su filosofía III*, esto ha sucedido con la investigación de muchas fuentes deleuzianas: al principio pueden parecer totalmente secundarias, pero muy pronto su lectura se revela esencial para desentrañar alguno de los aspectos del complejo edificio conceptual que propone el filósofo. En este caso se trata del artículo “Espace, point et vide chez Leibniz”, de Martial Gueroult, donde se esboza una taxonomía de las modalidades del espacio en Leibniz.

La importancia del artículo de Gueroult reside en su distinción de nociones que Deleuze desplegará en su propia teoría del espacio: *extensum*, *qualitas*, *extensio* y *spatium*. Más allá de las extensiones concretas de los cuerpos empíricos, de las cualidades que pueden abstraerse de ellos, y del espacio geométrico fruto de la abstracción de sus relaciones, el *spatium* se

Verónica Kretschel habló sobre las concepciones antiguas del eterno retorno según Charles Mugler



vincula en Leibniz con la idea innata del orden de los posibles. Deleuze tomará del desarrollo gueroultiano del *spatium* su carácter relacional y su vinculación con la intensidad. La experiencia es el ámbito donde lo extensivo y lo intensivo se dan como inseparables, y corresponden al análisis trascendental separarlos y no confundirlos. Lo intensivo como *spatium* refiere a un orden de puras relaciones espaciales, donde la categoría principal no es la longitud sino la *distancia*. Según Gueroult, el tipo de *punto*, como unidad mínima correspondiente a este *spatium*, no puede ser abstraído de la mera extensión geométrica: no será ni punto exacto ni infinitesimal, sino *metafísico*, es decir, punto de vista. A este respecto, podemos ya desde aquí extraer un tema que circula en la obra deleuziana y que circuló en las Jornadas: la relación entre intensidad e individuación. La intensidad (y no el sujeto) es designada siempre por un *quién* en el sistema deleuziano, y determina un rol activo/creativo esencial en la actualización de la extensión empírica.

La intervención de Ferreyra dio el puntapié inicial para el primer día, que giró en torno al tema de los “espacios intensivos”. Los trabajos agrupados en

este eje hicieron foco en fuentes correspondientes al capítulo quinto de *Diferencia y repetición*. Otra fuente aparentemente muy marginal, mencionada por Deleuze al final de una nota al pie, es un artículo de Alexis Meinong que sólo tuvo alguna notoriedad por haber llamado la atención de Bertrand Russell. Ese artículo, de hecho, no ha sido traducido. Sólo contamos con la versión original en alemán. Desentrañar la relación de la teoría deleuziana de la intensidad con el pensamiento de Meinong estuvo a cargo de Andrés Osswald. El expositor desplegó con solvencia no sólo el desarrollo meinongiano implícito en las formulaciones deleuzianas, sino también una serie de discusiones con la psicología experimental implícitas en el propio texto de Meinong, publicado en 1896. Meinong se instala en el debate sobre el significado de la ley de Weber-Fechner, surgida en el campo de una naciente psicología positivista de la percepción, y que afirma la proporcionalidad entre la percepción de un estímulo y la magnitud del mismo, una vez superado un cierto umbral de discernibilidad. La intervención de Meinong es significativa para Deleuze por su aporte referido al concepto de *distancia* (uno de los protagonistas conceptuales de las Jornadas) y su vínculo con



Andrés Osswald trazó los vínculos entre Deleuze y Meinong

la intensidad. La percepción del estímulo no puede descomponerse en unidades homogéneas. La homogeneidad del trecho espacial como longitud extensiva no debe confundirse con la heterogeneidad de la distancia, magnitud intensiva envuelta en toda percepción actual, como su elemento vivificante.

El resto del eje “espacios intensivos” estuvo ocupado por el que quizás sea uno de los aspectos de la obra deleuziana menos transitados: su utilización de las llamadas “ciencias duras”. En esta línea, Gonzalo Santaya ofreció una interpretación del uso que Deleuze hace de una corriente poco conocida del pensamiento matemático del siglo XX, con extrañas conexiones místicas: el intuicionismo matemático. Su principal exponente, L. E. J. Brouwer,

combatió las concepciones logicistas y formalistas de la matemática del siglo XX, defendiendo la primacía de la construcción intuitiva de los objetos matemáticos, antes que la demostración por el absurdo. La intervención de Santaya se centró en el concepto de *continuidad*, y la relación de *distancia* entre números (descrita por el intuicionismo como diferencia positiva) para la construcción del espacio geométrico y el continuo numérico matemático.

Por su parte, Rafael Mc Namara introdujo al público la obra “tan importante y tan poco conocida” (en palabras que el propio Deleuze le dedica en *Diferencia y repetición*) de Jacques Paliard. Si bien se trata de un filósofo, el libro que interesa a Deleuze se presenta como una búsqueda psicológica, que tiene tanto de especulativa como de experimental. El autor la llama “óptica psicológica”, y resulta fundamental para comprender dos conceptos centrales de la teoría deleuziana de la intensidad. Se trata de las nociones de *profundidad* y *distancia*. El corte del vínculo práctico con el mundo permite el afloramiento de la contemplación, la cual revela el pensamiento implícito en la percepción que recorre las distancias y las sintetiza en la recapitulación del recorrido.

Cerrando al mismo tiempo esta sección de espacios intensivos científicos y el primer día de las jornadas, María de los Ángeles Ruiz y Sebastián Amarilla introdujeron la lectura de Albert Dalcq. Se trata de un embriólogo que no sólo influyó a Deleuze a partir de su teoría del huevo como campo de individuación, sino que también es una fuente importante en el pensamiento de Gilbert Simondon. La importancia de la lectura deleuziana de Dalcq reside en su extracción de conceptos para describir la creación dinámica de la intensidad, que tiene mucho de embriológica. A partir de un campo de continuidad al interior del cual se reparten potenciales, asistimos a fenómenos de invaginación o plegamiento, crecimiento, división y diferenciación celular. Cuando Deleuze afirma que el mundo entero es un huevo, nunca lo hará en sentido extensivo (como Cristóbal Colón), sino en virtud de este potencial genético y dinámico, propiamente intensivo, que el embrión manifiesta en su desarrollo.

El segundo día contó con abordajes más específicamente filosóficos. Comenzó con dos intervenciones acerca del concepto de Eterno Retorno, a cargo de Verónica Kretschel y Matías

Soich, quienes trataron, respectivamente, sus visiones griegas y nietzscheanas. La exposición de Kretschel se centró en el libro de Charles Mugler, *Deux thèmes de la cosmologie grecque*, en el cual Deleuze se basa para afirmar que la concepción de los antiguos sobre el Eterno Retorno era sólo aproximativa y parcial, por estar basada en criterios extensivos. De la concepción física de los jónicos (Anaximandro y Empédocles), a la astronómica de los pitagóricos, Mugler se detiene en la evolución conceptual por la cual los problemas suscitados por la doctrina del Eterno Retorno fueron causa del abandono de la misma, en favor de una teoría de la pluralidad de los mundos.

Quien propone un auténtico concepto del Eterno Retorno es, según Deleuze, Nietzsche, y en particular desde la interpretación que Pierre Klossowski ofrece del mismo. La coherencia superior del Eterno Retorno exige el sacrificio de la coherencia del Yo: la elevada tonalidad afectiva del alma que vivencia el Eterno Retorno es aquella que es capaz de olvidarlo (condición necesaria para que éste se repita). El olvido debe ser entonces querido, la pérdida de la conciencia actual buscada, para dar lugar a la experiencia del

retorno y su tonalidad afectiva que, por supuesto, se identifica con la experiencia trascendental de la intensidad. Esta experiencia salvaje es narrada por Klossowski en su novela *El Baphomet*, compleja obra literaria que Matías Soich sintetizó con gracia y destreza, y donde las almas, como puros soplos, pierden su individualidad en un mundo de permanentes transfiguraciones, intencionalidades transparentes, erotismo y absurdo. El desafío ético que Klossowski nos propone es alcanzar el oscuro sentimiento implícito de una experiencia de la intensidad y sus fluctuaciones, imposible de asir bajo conceptos representativos.

En un segundo bloque, las ponencias de Anabella Schoenle y Pablo Pachilla formaron la sección “trascendentalidades”, en torno a las obras de Louis Lavelle y Kant respectivamente. Schoenle expuso las nociones de este poco conocido metafísico francés, a la vez espiritualista y existencialista. Existencia, Ser y Realidad son las nociones en torno a las cuales Lavelle clasifica el conjunto de la filosofía, las tres interrelacionadas por relaciones de participación. Es en particular la última de ellas la que interesa a Deleuze, a raíz de su vín-

culo con la noción de cualidad. Subsumiendo al Ser y la Existencia, la Realidad engloba la cualidad como aquello a lo que toda pregunta del tipo “¿Qué es...?” remite. La cualidad es esa fuerza de lo real vuelta hacia la cosa, mientras que la sensación es la que está vuelta hacia el yo. El esfuerzo de Schoenle se dirigió a mostrar cómo estas nociones metafísicas algo desgastadas pueden considerarse desde un punto de vista actual, a partir de la noción de participación como práctica de transformación de lo real mediante la política.

Pachilla se dedicó a un análisis del concepto de univocidad en Kant y en Deleuze. Llevando a cabo un interesante análisis etimológico del término alemán *Einstimmung*, a la vez musical (concordancia, armonía) y político (unanimidad), Pachilla mostró cómo la univocidad en Kant supone una equivocidad de base: la pluralidad de categorías, que diversifican los predicados de la objetividad, cuya fuente última se halla en la apercepción trascendental. La equivocidad no se da entonces sólo al interior del sujeto, sino hacia su exterior, la cosa en sí, como aquello inalcanzable por la determinación categorial. La univocidad deleuziana, en

cambio, se basa en el Eterno Retorno, según la expresión “retornar es el ser del devenir”. Panchilla argumentó que en Deleuze lo que no deviene no es, y lo que es, es en tanto deviene. Si el ser es diferencia, sólo llega a ser en el tiempo: debe llegar a ser, y sólo llega a ser repitiéndose.

Solange Heffesse propuso una exploración en torno a las nociones blanchotianas de “afuera” y “doble muerte”, como fuente para pensar el problema deleuziano de la individuación intensiva. Según Blanchot, la relación autor/obra guarda un nexo profundo con la de hombre/muerte. Las dos caras de la muerte, personal e impersonal, se prolongan, en el sistema deleuziano, hacia las nociones de entropía (plano empírico) e intensidad (plano trascendental). La muerte impersonal, en tanto profundidad vacía del más allá, del afuera, de lo que no tiene

relación conmigo, es testimonio para Heffesse de una ontología “monstruosa” en *Diferencia y repetición*. Contra aquellos que sólo centran su lectura en una apología de las pasiones alegres y una ética de la afirmación que en ocasiones acaba siendo una afirmación débil e ingenua, la lectura conjunta de Blanchot y Deleuze agrega matices que llevan a pensar que la “alegría” deleuziana quizás no sea comprensible si se la aísla de algunas experiencias más “oscuras”.

Por último, cerrando las jornadas, Santiago Lo Vuolo ofreció un movimiento que por primera vez (al menos en sus intervenciones públicas) saca a La deleuziana de *Diferencia y repetición* y la sumerge en el barroco edificio de *Mil mesetas*. En esta oportunidad, a partir de la filosofía del lenguaje del círculo de Bajtín como fuente para pensar la noción de *agenciamiento*

colectivo de enunciación. La intervención de Lo Vuolo nos llevó entonces al análisis del discurso desde una perspectiva social: el lenguaje es inseparable de las fuerzas sociales de dominación y resistencia que atraviesan y configuran el cuerpo de una sociedad. A partir de este eje, la exposición versó sobre las características de la pragmática deleuzo-guattariana, basada en la categoría de *consigna* como unidad mínima del lenguaje. La distinción entre discurso directo (transmisión lineal de la palabra) y discurso indirecto libre (mezcla de voces entre la palabra del narrador y la reportada) sirvió a Lo Vuolo para caracterizar esta dimensión de carácter multiplano del lenguaje, donde las fuerzas sociales se plasman y entremezclan con los sistemas lingüísticos.

Una de las particularidades de las jornadas, además del clima festivo (que en algunas intervenciones tuvo momentos directamente humorísticos), es la utilización, por parte de todos sus integrantes, de dispositivos visuales. Entre las apuestas explícitas del grupo se encuentra el intento por dinamizar los modos de exposición filosófica. Es así que todas las ponencias, en distintos niveles

de complejidad, hicieron uso de la herramienta del *power point*, utilizando tanto cuadros que permitían seguir con mayor fluidez el contenido por momentos extremadamente técnico de algunas intervenciones, como imágenes ilustrativas, animaciones, fotografías de los autores, gráficos, etc.

Merece un párrafo aparte la participación del público. No sólo por la cantidad de gente que se acercó al aula 257, que fue considerable durante los dos días, sino también la calidad de las intervenciones, que generaron interesantes debates al final de cada ponencia y llegaron a producir nuevas reverberancias entre los conceptos deleuzianos y los de sus fuentes, como así también entre distintos momentos de la vasta obra del filósofo. Las jornadas dieron muestra una vez más, por lo tanto, de la vitalidad creciente de los estudios deleuzianos no sólo a nivel internacional sino sobre todo a nivel local. La presencia de numerosos estudiantes de filosofía, tanto argentinos como de otros países sudamericanos, sugieren un futuro promisorio para este campo de la filosofía contemporánea en Latinoamérica.

Matías Soich reconstruyó la experiencia salvaje de *El Baphomet*, de Klossowski

